

de Sara, debía serle arrebatado de una manera inesperada y trágica. Una voz desconocida, la voz del Señor, le exigió que fuese sacrificado. ¿No era cruel y contra razón dar muerte á un hijo por tan largo tiempo deseado, y sobre el cual descansaba la esperanza de una numerosa posteridad? Un hombre sin fé lo hubiera pensado; pero el creyente patriarca sabía que Dios, árbitro supremo de la vida del hombre, puede fijar su término, así como fijó su principio, y hacerla cesar por el medio que bien le plazca; sabía también que Dios reina sobre la muerte, no ménos que sobre la vejez; que así se retira á su voluntad de las cenizas apagadas del sepulcro la flor de una jóven vida, como corona á la mujer estéril con los honores de la maternidad. ¿Sara quedó informada inmediatamente de lo que iba á suceder, ó bien quiso Abraham ahorrarle el espectáculo de un drama tan terrible para el corazón de una madre? Del silencio de las escrituras debe con mas probabilidad inferirse esta última conclusion: pues en realidad ¿quién duda que, prevenida del fatal suceso que debía terminar con los destinos de Isaac, no le hubiera dado Sara uno de aquellos ardientes besos que las madres imprimen en los labios de sus hijos en el momento de un adiós postrero, y que resuenan con un eco prolongado de la acerbidad del amor hasta la mas remota posteridad?

El Señor, que amaba tanto á Abraham, quiso hacer con él una de las mayores pruebas que han visto los siglos, de su obediencia y de su fé. Mandarle sacrificar un hijo, dulce objeto de sus delicias y de sus esperanzas, á Isaac, de cuya vida dependia el cumplimiento de todas las bendiciones y de todas las promesas: ¡qué mandato! ¡qué prueba! Abraham no vacila un solo momento: ni aun le ocurre la duda sobre el modo de cumplirse todo lo que se le habia prometido, faltándole el hijo: no duda, no pregunta, no llora: la obediencia á Dios es superior en él á todos los poderosos sentimientos de padre: triunfa de todos los efectos de carne y sangre: no atiende sino á la voz de Dios, ni trata de otra cosa que de cumplir su orden terminante. Así trata Dios á los amigos que mas ama; así los expone á las pruebas y á los combates mas terribles.

Así ellos corresponden al llamamiento de Dios, así se arrojan en los brazos de su providencia, y así se obran los prodigios de la fé, de la confianza y del amor.

Sea lo que fuere, en cuanto al presentimiento de Sara, Abraham se dispone valerosamente para ejecutar la orden que habia recibido. Toma á Isaac con dos jóvenes criados, y se encamina hácia el lugar del sacrificio. Este lugar era la tierra de la vision, y segun los intérpretes, el monte Moriah, en el cual se levantó mas tarde el templo de Salomon, y aun piensan otros que era el Calvario, en donde entregó su vida Jesucristo. ¡Maravillosa correspondencia por cierto de las figuras que profetizan con tanta precision, y de la realidad que todo viene tan plenamente á cumplirlo! Desde Bersabé, en donde habitaba Abraham, hasta Jerusalem, á donde se dirigia, se cuentan cerca de veinte leguas, y llegó allí despues de dos dias de camino. Por orden de su señor, los criados se detienen. Abraham, llevando en su mano la cuchilla que debía herir la víctima, y el fuego que debía consumirla: Isaac, cargado con la leña necesaria para el sacrificio, fueron ganando la colina designada por el cielo. Isaac, con todo, pregunta á su padre: «Aquí hay la leña y el fuego, pero ¿en dónde está la víctima para el holocausto?»—«Hijo mio, respondia Abraham, Dios mismo se proveerá de una víctima para el holocausto.» ¡Cómo debía de palpar el corazón del padre, á pesar de la firmeza de su resolución! Pero aquel corazón magnánimo no veia mas que á Dios, y no amaba á su hijo, sino por Dios. Llegan por fin á la cima de la montaña: dispónense las piedras en forma de altar, y sobre él se coloca la leña. Isaac, pues él era la víctima, se deja atar dócilmente sobre la hoguera fúnebre. Toma el padre la cuchilla, levanta la mano..... cuando una voz le dice de lo alto: «¡Abraham! ¡Abraham!»..... El golpe queda suspenso, y sigue la voz: «No extiendas la mano sobre el jóven, ni le hagas el menor daño. Ya veo que tú temes á Dios, pues que para obedecerme no has perdonado á tu hijo único..... te bendeciré: multiplicaré tu raza como las estrellas del cielo y como las arenas del

mar, y tus hijos poseerán la tierra de sus enemigos. Y en tu posteridad serán benditas todas las naciones de la tierra, porque me has obedecido." Abraham levantó su ojos, y vió á sus espaldas un cernero enredado por las astas en un zarzal, y le tomó para ofrecerle en holocausto en lugar de su hijo. Así es como los oráculos divinos, tan amenudo reiterados, designaban de un modo decisivo la dinastía del Libertador anunciado por la primera vez á los desterrados de Eden, prometido despues á la raza de Abraham, saludado de léjos por la creyente Judea, esperado por el Oriente fiel á las tradiciones, por la Grecia amiga de la ciencia, y por todos los pueblos á quienes las pasiones habian dividido; pero que una fuerza íntima retenia sus esperanzas. Así es tambien como la ofrenda de Isaac inmolado intencionalmente, y la ofrenda de las víctimas inmoladas en realidad en las antiguas religiones, fueron las sombras y los símbolos de un sacrificio mejor y mas perfecto, que se cumplió hace diez y ocho siglos, y que, renovándose cada dia á nuestros ojos, cubre el mundo entero de un perdon inmenso. ¡Qué señal de verdad, brillando en la frente del cristianismo es esta fé, y esta práctica universal de la humanidad, que lleva consigo donde quiera el pensamiento de su propia degradacion, y busca como rehabilitarse por medio de la efusion de sangre!

Los sagrados intérpretes no están conformes acerca de la edad de Isaac, cuando su padre recibió la órden de Dios para el sacrificio. Josefo y otros intérpretes creen comunmente que tenia veinticinco años. No hay duda que en esta edad pudiera haberse resistido á morir, huyendo ó escapando del peligro; pero su docilidad fué tan admirable como el desprendimiento y generosa obediencia de su padre. Así que oyó de boca de éste que aquella era disposicion del cielo, inclinó la cabeza con heroica resignacion; y sin abrir sus lábios se abrazó con el decreto de muerte que se le intimaba y tendióse sobre el ara esperando el golpe fatal. ¡Digna figura de la mansedumbre y sumision del Cordero divino que se sujetó al sacrificio cruento de la cruz sin ni siquiera abrir sus lábios!

El sacrificio de Abraham ofrece al génio del artista uno de los grupos mas interesantes que pueda presentarle la santa historia de los antiguos dias. Un célebre autor contemporáneo le compara con otras pinturas magníficas de la escuela griega, y hace resaltar su indudable superioridad. Zeuxis, dice, habia tomado por asunto de sus principales obras á Penélope, á Elena y al amor. Polignoto habia figurado sobre las paredes del templo de Delfos el saqueo de Troya, y la bajada de Ulises á los infiernos. Eufra-nor pintó los doce dioses, á Taseo dando leyes, y asimismo las batallas de Cadmea, de Leuctre y de Mantinea: Apéles representó á Venus Anadiomedes por el original de Campaspe: Etion pintó las bodas de Alejandro con Rojana, y Thiamantes el sacrificio de Ifigenia. Cotejad, empero, estos asuntos cristianos, y conoceréis bien pronto su inferioridad. El sacrificio de Abraham, por ejemplo, es tan expresivo y de un gusto mas simple que el de Ifigenia: no hay en él ni soldados, ni grupos, ni tumultos, ni todo aquel movimiento que solo sirve para distraer de la escena. Solamente se ven allí la solitaria cumbre de una montaña, un patriarca que cuenta sus años por un siglo, un cuchillo levantado sobre la cabeza de un *hijo único*, y el brazo de Dios que detiene el brazo paternal. En las fisonomías resaltan los sentimientos mas sublimes y generosos que pueden enaltecer la naturaleza humana. En el rostro del padre se pinta la fé ciega y respetuosa y el súbito raptó de la admiracion y del consuelo; y en el semblante del hijo resplandece la dulzura de la mansedumbre y de la sumision, mezclado de aquella resignada tristeza que va á cortar para siempre la esperanza indefinida de una existencia jóven, llena de vigor y de encantos. Los historiadores del antiguo Testamento han llenado nuestros templos de semejantes cuadros; y muy sabido es cuán favorables son al pincel la sencillez magestuosa de las costumbres patriarcales, la noble y sentimental simplicidad de las del Oriente, la corpulencia de los animales y las grandiosas perspectivas de la naturaleza en las soledades del Asia.

Despues de terminada tan felizmente la prueba á que el Señor se

dignó poner la fé ardiente de Abraham, bajó éste de la montaña acompañado de su hijo, latiéndoles á entrambos el pecho de placer y reconocimiento á las bondades de que Dios acababa de colmarles. Encontraron luego sus criados, y juntos se fueron á Bersabé, en donde habitó el patriarca por mucho tiempo. Tampoco nos dice la Escritura si padre ó hijo refirieron á Sara el estupendo prodigio de que abababan de ser testigos, ó si fué este un secreto que guardaron en su corazon reconocido. No tardó mucho tiempo á saber Abraham que Melcha, hermana de Sara, habia dado hijos á Nachor, hermano de aquel. Uno de los hijos de Nachor fué Bathuel, padre de Rebeca, á la cual despues tomó Isaac por esposa.

Nada se sabe acerca de los últimos años de Sara, sí solo que murió de una edad avanzada, pues nos dice la Escritura que vivió ciento veintisiete años en la pequeña ciudad de Cariath-Arbé, que los israelitas llamaron Hebron cuando hubieron conquistado la tierra de Canaan. Observan los intérpetres que de esta sola mujer quiso Dios que se registrasen los años en la Escritura, ya para honrar su virtud y el distinguido lugar que debia ocupar en la economía de la religion, ya por ser madre de los fieles, y brillante figura de la Iglesia de Jesucristo por su santa y misteriosa fecundidad. El viejo patriarca, perdiendo á Sara, derramó lágrimas; y siguiendo la costumbre que se seguia en semejantes duelos, permaneció por algun tiempo sentado en tierra, junto al cadáver. Y cuando hubo acabado los oficios del funeral, que eran de hacer embalsamar el cuerpo, y llorar al difunto por espacio de algunos dias, vino á encontrar á los habitantes de la ciudad, que eran los hetheos, descendientes de Heth, hijo de Canaan, y les habló en estos términos: «Yo soy advenedizo y extranjero entre vosotros; concededme aquí el derecho de sepultura para enterrar á la que se me ha muerto.» La piedad con los difuntos se halla en todos los siglos, así como la certitud de otra vida. La demanda de Abraham fué acogida favorablemente, pues se le concedió hasta la facultad de escojer entre los mas hermosos sepulcros para enterrar

allí á Sara. Pero los sepulcros han sido siempre una cosa sagrada por contener las cenizas queridas de las personas que se han amado. Los antiguos no hubieran visto sin escándalo que pasasen los sepulcros de unas manos á otras, pues tenian un gran consuelo de reposar algun día al lado de sus mayores. Este acto hubiera sido reputado por una especie de impiedad; y por esto les pide Abraham que le vendan una porcion de terreno y una cueva doble que en él habia, en donde no se hubiese enterrado ningun cadáver. Quiso, pues, adquirir un sepulcro por un derecho real y permanente, y así, despues los habitantes de Arbé hubieron de contestar á su primera insinuacion: «Escúchanos, señor: tú eres entre nosotros un príncipe de Dios, ó un príncipe grande, entierra tu difunto en la que mejor te pareciere de nuestras sepulturas, pues nadie habrá que pueda impedirte el colocar en su sepultura á tu muerto.» Levantóse el venerable patriarca, y haciendo una profunda reverencia á los moradores de aquel país, les dijo: «Si teneis á bien el que yo entierre á mi difunto, oid mi súplica, é interceded por mí con Efron, hijo de Seor, para que me conceda la cueva doble que tiene á lo último de su heredad, cediéndomela en presencia vuestra por su justo precio, y quede así mia para hacer de ella una sepultura.» Allí se encontraba Efron, en medio de los hijos de Heth, y delante de todos los concurrentes, á las puertas de la ciudad, respondió generosamente: «No, señor mio, no ha de ser así, escucha mas bien lo que voy á decirte: Pongo á tu disposicion el campo y la cueva que hay en él, en presencia de los hijos de mi pueblo: entierra allí á la que has perdido.» Abraham manifestó su profundo reconocimiento, pero insistió al mismo tiempo para obtener, en vez de una concesion gratuita, un verdadero contrato de venta. «Suplícote que me oigas, exclamó delante de todo el concurso; yo daré el precio del campo: recíbele, y de esta manera enterraré en él á mi difunta.» Efron se creyó ya en el caso de poner fin á aquel debate. «Oyeme, pues, señor mio, dijo, la tierra que pretendes vale cuatrocientos siclos de plata; este el precio contado entre los dos; ¿pero qué importa esto?

Entierra tu difunto." Entonces Abraham mandó pesar á la vista de todos la cantidad de dinero que se le habia indicado, y que viene á corresponder á tres mil ciento cincuenta y tres reales de vellon, á corta diferencia, siguiendo la opinion de los que han escrito sobre el valor comparativo entre las monedas antiguas y modernas. A este precio el campo de Efron, la cueva que en él se hallaba y los árboles del circuito, pasaron en pleno dominio á Abraham, y los habitantes de la ciudad fueron testigos del tratado que allí se concluyó: tal era la manera primitiva de hacer asegurar las transacciones.

Abraham colocó, pues, los restos de Sara en la caverna que acababa de comprar enfrente de Mambré, por la parte del Mediodía, no lejos de la ciudad que mas tarde se llamó Hebron, en la tierra de Canaan. Y los hijos de Heth confirmaron á Abraham el dominio de aquel campo y de aquella cueva para que le sirviese de sepultura, pues allí mismo debia hallar él tambien un lugar de reposo para sus cenizas, mientras estaría aguardando la resurreccion. En aquel lugar fueron enterrados, además de Sara y Abraham, Isaac y Rebeca, Jacob y Lia. Y aunque en los *Actos de los Apóstoles* se dice que Dios no concedió á Abraham en herencia ni un solo palmo de tierra de Canaan, este aserto no está en oposicion con los que acababa de referirse, por cuanto este campo no lo tuvo Abraham de Dios en herencia, sino que le adquirió con su dinero.

Y en efecto, aun se vé en el dia su tumba guardada con la mayor solicitud, y á porfia y unánimemente honrado por los musulmanes, hijos de Ismael; por los judíos, hijos de Isaac; y por los cristianos, hijos de Abraham, segun el espíritu. Santa Elena, madre del emperador Constantino, hizo edificar en el paraje mismo de la célebre caverna, una iglesia magnífica, á donde se subia por una grada de treinta escalones, y que los turcos han convertido en mezquita. El suelo de Hebron es fértil; la tierra produce allí frutos en abundancia: hay mucha cosecha de cebada, como en tiempo de Ruth la moabita, y cultivase la viña como en tiempo de Josué; el

conquistador de la tierra prometida. Hay no lejos de la ciudad un soberbio pozo, que ocupa mas de sesenta piés en cuadro, al cual se baja por escalinatas de cuarenta escalones colocadas á cada uno de los cuatro ángulos, y los palmeros lo cubren con su sombra. Tierra sujeta á ruidosas revoluciones, país de gloria y de poesía, en donde el pensamiento anhela refugiarse alguna vez con un placer indefinible, como para saludar su cuna en la historia de las primeras edades, y para descansar á la sombra regalada de tan puros y candorosos recuerdos.

Al internarnos en los relatos sencillos y sublimes del Génesis, no solamente se halla la tradicion constante de la falta original y de la necesidad de una expiacion, sino tambien aquel pensamiento moral y social de que las costumbres sencillas y puras, la moderacion en las necesidades y los trabajos aplicados á la tierra, conducen á la abundancia, á la riqueza y á la felicidad. Son continúa la vida pastoral y agrícola, y su sexto nieto es ese Abraham, ese príncipe de los pastores, cuyo nombre ha quedado aún tan grande debajo las tiendas de los árabes, y en la memoria de los demas pueblos del Oriente. Abraham habia partido del Egipto con grandes tesoros de oro y plata: sus rebaños eran innumerables, pues vióse obligado á decir á Loth, su sobrino, que debian separarse; y mientras que éste se dirigió hácia las orillas del Jordan, establecióse él en la Caldea y en la tierra de Canaan.

Sara, su esposa, es respetada como la madre de todos los creyentes, á causa de su confianza en Dios y de su varonil resolucion de desterrarse de su pátria y recorrer una tierra extraña, apoyada únicamente sobre la fé de Abraham, y movida por un puro sentimiento religioso. Es honrada asimismo como una figura misteriosa, ya sea de la Virgen María que dió á luz al verdadero Isaac, ya sea de la Iglesia cristiana, cuyos hijos igualan en número á las estrellas del firmamento. Mujer verdaderamente fuerte, que sobrellevó con firme entereza el peso de las tribulaciones; esposa incorruptible, que encontraba recursos en su propio corazon, para hacerse superior á los peligros á que la precipitó por dos distin-

tas veces la fuerza de las circunstancias; noble raíz de un grande pueblo, que despues de cuatro mil años, se perpetúa aún sin confundirse con las demas naciones del globo: tal fué Sara.

Varios rasgos de su vida, respirando aquella noble magestad y aquella elevada importancia que daba el cielo á los sublimes destinos de aquella mujer generosa, que encerraba en su persona como un gérmen el principio de los grandes acontecimientos del mundo, han ejercitado el buril ó el pincel de profesores ilustres. Benedetto Castiglioni nos dejó pintados algunos de los viajes que hizo ella con Abraham: otros la han representado en el momento en que se rie de las promesas de próxima maternidad hecha por los ángeles hospedados en la tienda de su esposo. Este último asunto fué tratado por Rafael, primero en las salas del Vaticano, y posteriormente en otra composicion en que la habilidad del eminente artista hace subir de punto la acusacion de su incredulidad. Sebastian Bourdon, de la escuela francesa, encontró en este mismo asunto materia para un cuadro notable, que inaugura su hermosa série de las obras de Misericordia.

